

eran primogenitos; ¿y por ventura eran Santos? Pueden muy bien decirse que lo eran en algun sentido; eran santos en figura, porque todos los primogenitos en general, dice el venerable Beda, no eran mas que alegorías, y emblemas de aquel que siendo Hijo unico del Eterno Padre, se dignó de ser el primogenito de entre los muertos, y el primogenito de toda criatura, segun la expresion de San Pablo.

Aqui todo es misterioso, Catolicos, concluyen los Santos Doctores. Hay misterio en los mismos terminos de la ley, en los que, como dice San Ambrosio, se prometia el parto sobrenatural de una Virgen pura: hay misterio en el precepto, el que de tal modo se ordena à Jesu-Christo, que una vez cumplido por su Magestad, ya à nadie obliga, como dice San Gregorio Niseno: hay misterio en la purificacion de las madres, que havia de tener fin en Maria, como la oblacion de los primogenitos acababa en Jesu-Christo. Esta purificacion miraba tan directamente à Maria como la ley de la oblacion de los primogenitos à Jesu-Christo, segun dice el mismo Padre: ah! ya se quitaron para nosotros, Catolicos, todos los velos que cubrian estos misterios: con la entrada de Jesu-Christo en el Templo, todos quedaron manifestos: el espiritu con que en él entra, y la funcion que en él vá à exercer, explican, y descubren todas las obscuridades de la ley.

Y asi, ya debiese ser exceptuado de su cumplimiento, ya conviniese que se sujetase à ella, ya fuese que la ley le mirase à él con mas especialidad, me parece, Señores, que estas tres interpretaciones, no obstante parecer tan opuestas entre sí, se concilian

lian admirablemente, y son exactisimas: Jesu-Christo en rigor, no estaba incluido en la ley, pero quiso voluntariamente sujetarse à ella; convenia que se sujetase; y era de tal modo conveniente esta sujecion, que sin ella la ley no hubiera sido verdaderamente digna de Dios, pues no hubiera tenido por principal, y ultimo fin à su Hijo unigenito.

Reflexionad ahora, Señores, acerca de lo que dixe en la primera parte, hablando del espiritu de la ley: ésta, en su institucion, fue para el Pueblo Judaico un monumento perpetuo del pecado original, y una anticipada accion de gracias de la redencion: la intencion de Jesu-Christo se explica por medio del espiritu de la ley que él mismo cumple: este Señor es la misma redencion: oy se presenta à su Eterno Padre, en espiritu de víctima: la ley no le obligaba en rigor, y por eso es víctima voluntaria: con todo eso convenia que se sometiese à ella, y asi, se presenta como víctima generosa: si se considera toda la energía de los terminos de la ley, ésta debe entenderse hasta él mismo, y asi, le vemos oy una víctima obediente.

Pues quando Jesu-Christo se presenta à su Padre en calidad, y en estado de víctima, ¿quál deberá ser el empleo de su Santisima Madre? Esta Señora, teniendo à Jesu-Christo en sus brazos, y ofreciendole à su Eterno Padre, representaba à los pecadores, y por eso fue anticipadamente al Templo à sujetarse à una ley, que como ya hemos visto fue instituida para servir de memoria del pecado: su mayor pureza era el motivo, si es licito decirlo asi, que mas la obligaba à sujetarse à esta ley en las circuns-

tancias en que se hallaba : quanto mas se somete, mas pruebas dá de su generosidad, y de su amor. Jesus se carga de la pena del pecado: Maria por su parte se reviste de todas las apariencias de culpada, y para esto, buelvo à repetir, era necesario que fuese tan pura, como en la realidad era: para aplacar la justa indignacion del Eterno Padre, se necesitaba una víctima tal como su Hijo, y para ofrecerle esta víctima en nombre de los pecadores, se necesitaba una criatura tan santa como Maria.

¡Qué espectáculo, Catolicos, es el que oy se presenta à toda la Corte Celestial en el Templo de Sion! Ninguna de las víctimas que antes se ofrecian en él eran del agrado del Señor; sin duda le desagradaban por ser insuficientes para honrar su Magestad, y satisfacer à su justicia. Pero, ¡oh, Padre Eterno! oy vuestro hijo amado, revestido de la humanidad que vos mismo le formasteis, se presenta en el Templo: este Templo ya es augusto, y verdaderamente digno de vos; ya se cumplió la profecía de Ageo: la gloria del antiguo Templo era nada, comparada con la que oy adquiere éste; y ya por ultimo vino la paz à la tierra: tambien Malachías lo havia profetizado, y tambien se vé cumplida su prediccion: el Señor del Templo vino à su propia morada, y en ella, ¡oh, Dios mio! os dispone un sacrificio que no puede menos de agradaros.

Finalmente, el sacrificio de Judá agrada al Señor, como havia sido profetizado: *Placebit Deo sacrificium Juda*: en él se observan todas las ceremonias que disponia la ley; y esta es la primera vez que

que el Señor le mira con ojos agradables.

Por otra parte una Madre siempre virgen, antes, y despues del parto; siempre santa, aun antes de nacer; esenta de toda mancha, tanto original, como personal, Maria se reviste de las apariencias del pecado, cumpliendo con la ley de la purificacion, para representar en este lance à todos los hombres pecadores: tiene à su Hijo en sus brazos, el que al mismo tiempo es Hijo verdadero de Dios vivo, imagen de su sustancia, y esplendor de su gloria, como dice S. Pablo: es unicamente suyo, sin que los hombres tengan derecho alguno à él, aun en el estado de abatimiento à que se ha reducido: por eso Maria le ofrece desde luego al Señor; pero tambien le rescata para que pueda pertenecer à los hombres, y ser su víctima: el Padre Eterno se dignó de confirmar este rescate: el sacrificio que despues ofrece Maria, es como prenda, y sello del rescate; pero advertid, Catolicos, dice San Gregorio, en que tambien hay misterio en que la víctima sea una tortola, y no un cordero: el mismo Jesus era el cordero verdadero: desde este instante, ya solamente se mira como víctima de todos los hombres; en calidad de tal se ofrece él mismo, y se sacrifica anticipadamente: antes todos estabamos sujetos à la maldicion de Dios, y para redimirnos quiso él mismo sujetarse à esta maldicion: el Padre Eterno se complace con este sacrificio; del mismo modo, dice San Gregorio Niseno, que en otro tiempo aceptó la Tribu de Leví, en lugar de todos los primogenitos del Pueblo Hebreo, acepta oy à su Hijo unigenito en lugar de todo el linage humano; pero hay una gran

diferencia, prosigue el mismo Santo Doctor: la Tribu de Leví no podia compensar exactamente à todos los primogenitos de Israel; pero aqui el precio de la ofrenda excede infinitamente à lo que se rescata: ¡oh, Dios mio! permitidme esta expresion: vos, Señor, ganais infinitamente en este cambio, y por eso ya no tiene limites nuestra confianza: ya esta adorable víctima quiere ser puesta en manos de Simeon, para significar que se dá à el que le pertenece, que puede ofrecerla, y apropiarse todos sus meritos: conoce Simeon el gran valor de la víctima, y poseído de alegría, de confianza, y de agradecimiento, no teme ya à la Divina justicia, y desea presentarse ante el Divino Tribunal: *Nunc dimittis. La paz, cuyos suaves consuelos experimenta su alma le asegura el perdon, y la gracia: Secundum verbum tuum in pace: ya ha visto la salud de Israel, y no solamente la ha visto, sino que ha gozado de ella: ¿pues qué tiene ya que desear, ni que temer? Viderunt oculi mei salutare. Conoce que este gran beneficio no se pudo ceñir à un Pueblo solo: Parasti ante faciem omnium Populorum: Naciones, seais las que fuereis, pecadores los mas obstinados en la culpa, no desesperéis de vuestra salvacion: la verdadera gloria de Israel consiste en haveros dado este Salvador, vosotros podeis aprovecharos de su bondad, del mismo modo que Israel: Lumen ad revelationem gentium, & gloriam plebis Israel.*

Todas estas expresiones son muy conformes à la intencion de nuestra víctima, conformemonos con ella, Catolicos: vamos, dice San Ambrosio, à recibir à esta amante, y adorable víctima; recibamos-

mosla, como Simeon, de manos de Maria; la misma Señora nos la ofrece, la pone en nuestras manos, y está pronta à alcanzarnos la aplicacion de sus meritos: à todos ofrece el Salvador, que ella misma sabe haver parido para todos: *Omnibus offert in uno que pro omnibus eundem peperit Salvatorem.*

Pero al mismo tiempo de recibirle, aprendamos à aprovecharnos de las gracias que nos viene à hacer: conformemonos con el espiritu de la Iglesia, el que os explicaré, Catolicos, en esta tercera parte de mi discurso.

TERCERA PARTE.

NO permita Dios, Catolicos, que nosotros judaicemos, celebrando las memorias del Judaismo: nosotros vivimos animados de muy diverso espiritu. Jesu-Christo, sujetandose à la ley, no solamente llenó toda su extension, dando fin à todas sus figuras, sino que la cumplió en un sentido aun mas extenso, llevandola à su ultimo punto de perfeccion: oy, pues, pretendo elevaros, y conducirlos à esta perfeccion de la ley, y para esto basta la sencilla exposicion de sus ceremonias.

¡Qué hermosa, y resplandeciente se representa oy en la Iglesia, dicen nuestros Santos Doctores! Santa Esposa de Jesu-Christo, ahora es quando vuestros tabernaculos nos representan sensiblemente la imagen de la resplandeciente claridad con que brilla la luminosa morada de la gloria: cuánto desear ver junta en ella aquella luminosa multitud de hijos vuestros, reunidos en espiritu de paz, y de concordia,

dia, bajo sus verdaderos Pastores, despues de haver recibido de sus manos la santa aspersion, y llevandolo en las suyas sus antorchas, segun el precepto del Evangelio, y rodeando todos juntos à la verdadera Sion.

Ceremonias augustas, cuyo uso es tan antiguo en la Iglesia, que desde el quarto siglo San Cyrilo de Jerusalén exhortaba à su Pueblo à examinar, y seguir su espiritu, ¿qué es lo que en la realidad significais? Lo que el mismo Jesu-Christo quiso enseñarnos, sujetandose él mismo à la ley de la presentacion de los primogenitos en el Templo, y sujetando à su Santisima Madre à la ley de la purificacion; porque segun los Santos Doctores, lo que Jesus, y Maria practicaron en el Templo, no tanto fue en cumplimiento de las ceremonias de la Antigua Ley, como para establecer los Sacramentos de la Nueva: *Quæ Sacramenta declarat*, dice San Ambrosio.

Empecemos, pues, trayendo à la memoria lo que hasta ahora queda dicho en este discurso: admirad, Catolicos la perfecta armonía que reyna entre las dos Leyes: la primera no es mas que una disposicion para la segunda: ambas componen una misma verdadera Religion, dibujada primero por Moysés, y despues perfeccionada por Jesu-Christo. En la Antigua Ley no hemos visto mas que un simple memorial, pero un memorial de abatimiento, y pecado en la purificacion de las madres, y un memorial de consuelo, representativo del Redentor en la oblacion de los hijos primogenitos: ¿qué hacen Jesus, y Maria en el Templo? Maria lle-

lleva al Templo al mismo Redentor, Jesus se presenta en él como víctima del pecado entre los brazos de Maria, la que representando à todos los pecadores, se le apropia por medio del rescate que de él ha hecho para entregarle despues à la venganza de su Padre: ¿pues qué obligacion nos puede quedar, Catolicos, poseyendo ya esta víctima? La obligacion que nos queda, Señores, es de aplicarnos sus meritos por medio de una purificacion espiritual, cuya necesidad nos enseña Maria, y cuyo metodo nos prescribe el mismo Jesu-Christo.

Esta necesidad se funda en que somos pecadores: en Maria solamente se halla la apariencia del pecado, y no obstante se purifica, dice San Gregorio: à vista de esto, ¿quién podrá lisongearse de que es tan justo, que no tiene necesidad de purificarse? Es verdad, prosigue el mismo Santo, que oy no es necesario insistir mucho en este punto: pues apenas habrá hombre que se lisongee de ser puro; antes bien con gran verguenza del christianismo, muchos se glorían de ser pecadores: lo cierto es, que hay muy pocos que piensen seriamente en purificarse.

Catolicos, continúa el mismo Santo, ved aquí el tiempo mas favorable: Maria no solamente nos convida con su exemplo, sino que nos manifiesta, y nos dá la fuente de toda pureza, dandonos à su Hijo: éste es una fuente perenne en donde siempre podemos lavar nuestras manchas: *Fons patens in ablutionem peccatorum*.

Ya no se trata de derramar sobre Altares de piedra, ò de madera la sangre de corderos, ò palomas, sino que debemos recibir en nuestras almas la san-

gre de Jesu-Christo nuestra víctima; y para que esta sangre nos sea util, asi como él purificó al mundo con el fuego, y con el agua, esto es, como el mismo Señor se explica en otro lugar, por medio de la efusion de su sangre, y la infusion de su espiritu, del mismo modo debemos nosotros lavar, y purificar nuestros corazones en el baño de nuestras lagrimas, y en el crisol de la caridad: este, Señores, es el verdadero espiritu de la Iglesia, espiritu sensiblemente significado en todas estas sagradas ceremonias.

Esto significa aquella agua santificada con la bendicion de sus Ministros, que derrama sobre nosotros, y es figura de las lagrimas de la penitencia: las velas encendidas, que nos pone en las manos, son figura de la pura caridad, que debe inflamar nuestros corazones, y resplandecer en toda nuestra conducta: despues de rociados con esta agua saludable, è iluminados con este celestial fuego, nos hace salir à todos juntos de este sagrado recinto, para significar, que no debemos buscar en la tierra lugar permanente, sino que, como dice San Pablo, debemos anhelar por el que esperamos en el siglo futuro.

Este lugar, pues, debemos buscarle con lagrimas; no con las lagrimas que hace derramar la tristeza del siglo, pues estas, como dice San Pablo, guian à la muerte, sino con aquellas lagrimas que son el suave fruto de una sincera, y constante penitencia: ¡lagrimas preciosas! Felices aquellos que las derraman, segun el Oraculo del mismo Jesu-Christo.

Ah!

Ah! Lexos de nuestra Patria Celestial, desterrados por nuestras culpas à los rios de Babilonia, por los que se significa el mundo; à esta tierra de maldicion, mas sacrilega, è impia, que la antigua Babilonia, ¿cómo podremos entregarnos à la alegria en este triste destierro? ¿qué otros cánticos podremos cantar aqui, sino cánticos de luto, y de tristeza? No levantaremos nuestras voces, sino para enviar al Cielo nuestros gemidos, para mover la piedad, implorar la clemencia, y aplacar la indignacion de nuestro Dios.

Con estas ideas en mi alma, ¿cómo se podrán enjugar las lagrimas de mis ojos? Especialmente, ò adorable Redentor mio, si considero el estado, à que por una parte oy os redujo mi culpa, y por otra vuestro amor, lo que yo merecia, y lo que vos estais ya padeciendo, y sobre todo lo que en adelante estais determinado à padecer por mí: ¿quánto me irrito contra mí mismo al contemplar vuestra bondad? ¿quánto me confunde el exceso de vuestra misericordia, comparado con el exceso de mi ingratitude? Pero finalmente, por grandes que hayan sido hasta ahora mi insensibilidad, y mi ingratitude, ¿podrán oy resistir al amor de un Dios, que por mí se ofrece en sacrificio?

Oh, Catolicos! Hasta ahora hemos estado abrazados en unos fuegos sacrilegos; las pasiones, como dice San Bernardo, tienen su fuego: oy es necesario, que le apaguemos, y aneguemos en nuestras lagrimas, substituyendo en su lugar aquel Divino fuego, que segun dice nuestro adorable Salvador, vino él mismo à traer à la tierra, cuyas

Tom. I.

li

lla-

llamas quiere, que se estiendan por todas partes, el que oy no solamente debe resplandecer en nuestras manos, sino tambien inflamar nuestros corazones, haciendo que sus centellas salgan por nuestras bocas: *Sit in corde, sit in manu, sit in ore.*

Este sagrado fuego ha de arder en nuestro corazon, para consumir en él todos los vinculos, que nos unen à la tierra, para abrasar todos los idolos profanos, antiguos objetos de nuestro pecado, y consiguientemente para encender el ardiente deseo de los bienes celestiales, estableciendo, y asegurando en él el imperio de todas las virtudes: *Sit in corde.*

Ha de arder en nuestras manos, para que segun el precepto de nuestro Divino Maestro, nuestra luz resplandezca delante de todos los hombres, y los ilumine: porque à todos nosotros, Catolicos, se nos dice, que somos luz del mundo, y la luz no se hizo para estar escondida, sino para ser puesta sobre el candelero; pero no nos engañemos, Señores, la luz, que ha de resplandecer en nuestras manos, no ha de ser la de la vanagloria, sino el fuego de la caridad, el que sin viciarse con las sombras del amor propio, ha de hacer que nuestras buenas obras resplandezcan, para glorificar al Padre Celestial: *Sit in manu.*

Ha de hacer, que sus centellas salgan por nuestras bocas: nuestras bocas, Catolicos, han servido mucho tiempo de organo à nuestras pasiones: nuestros impuros labios han exalado llamas de sensualidad, por todas partes han vomitado sobre el proximo la hiel del dragon, y el veneno del aspid;
han

han derramado contra la Religion negros vapores de pensamientos libertinos, para obscurecer nuestros misterios; es necesario, pues, purificarlos desde ahora con la caridad, con la humildad, y con expresiones sencillas, para corregir los malignos influxos de vuestros escandalos: *Sit in ore.*

Pero advertid, Catolicos, prosigue San Bernardo, que para encender esta sagrada antorcha de la divina caridad, es necesario recurrir à Jesu-Christo, porque él es el principio de esta pura luz. El Divino fuego, que oy trae à este Templo, el que ofrece como víctima à su Eterno Padre, y que despues le ha de consumir en holocausto sobre el Ara de la Cruz, es el que nos debe abrasar à nosotros: à esto nos convida la Iglesia, repitiendo continuamente en todos sus cánticos aquella Antiphona: *Lumen ad revelationem gentium.* Es decir, que Jesus es el Redentor amoroso, que ilumina, y abraza toda la tierra: *Lumen ad revelationem gentium.* Que es todo nuestro alivio, y todo nuestro consuelo en este destierro; la antorcha que disipa las tinieblas de nuestras almas, y el fuego, que calienta la tibieza de nuestros corazones, y dá vigor à la flaqueza de nuestros sentidos: *Lumen ad revelationem gentium.* Que con la meditacion de sus Misterios se enternecen nuestras almas con una santa compuncion, se amortigua el fuego de la concupiscencia, se aviva el gusto para la piedad, todos nuestros organos se consagran, y entregan à la gloria de su Padre, y nos da fuerzas para practicar, para confesar, y para publicar su Ley: *Lumen ad revelationem gentium.*

Ojala, Catolicos, se nos manifieste esta divina luz en toda su extension: ah! es verdad, que este amoroso Salvador, para unos es salud, y para otros ocasion de ruina, como decia el Santo viejo Simeon; pero no atendamos ahora à estas tristes ideas: yo me persuado, à que estoy hablando con unos Christianos, dispuestos à aprovecharse de la Redencion, que el Salvador nos proporciona.

Conformaos, pues, Catolicos, con el espiritu de la Iglesia: purificaos con las lagrimas de la penitencia, y con el sagrado fuego de la divina caridad; porque habiendo pasado de este modo el tiempo de nuestro destierro por el agua, y por el fuego, segun la expresion del Real Profeta, llegaremos al lugar del refrigerio, y del descanso: *Transivimus per ignem, & aquam, & eduxisti nos in refrigerium.* Esta es la suave esperanza, que nos dá la Iglesia, quando nos ponemos à los pies de sus Altares, en los que con el resplandor, y pompa de sus ceremonias nos representa una corta idea de la mansion celestial: en aquella morada se cumplirá, Catolicos, la profecia de Isaías acerca de nuestro Divino Redentor; allí llenará de inefables delicias à los que huviesen gemido, y llorado acá en la tierra: una corona resplandeciente de gloria será la recompensa de la ceniza, que en este mundo havia servido à nuestra humillacion: finalmente, consumandose allí nuestra justicia, alabaremos, amaremos, bendeciremos, y glorificaremos eternamente al Autor de estos inefables Misterios. Amen.

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE SAN JOSEPH de Leonisa.

Laudemus viros gloriosos. Eccles. 44.

Celebremos à los hombres famosos.

LA Iglesia, Señores, acaba de publicar la santidad, aprobar los prodigios, y eternizar la gloria de dos Heroes Christianos: sagrados Ministros del Evangelio, ya podemos tributar respetos à estos dos ilustres varones, pues nos permite este obsequio la decision de los Soberanos Pontifices, y sus oraculos justifican nuestros elogios: *Laudemus viros gloriosos.*

El mundo incredulo mira con desprecio estas augustas ceremonias, con que la Iglesia presenta al universo el heroismo de la santidad; y el negar el mundo sus respetos à las virtudes de los Santos nuevos, es porque estas son nueva condenacion de sus vicios.

La justicia, y el agradecimiento han movido à la Iglesia à colocar en nuestros Altares à los Santos Fidel de Sigmaringa, y Joseph de Leonisa: la Iglesia, como justa, debia un testimonio autentico à los exemplos de su humildad, obediencia, y caridad: la Iglesia, como agradecida, debia recompensar el extraordinario zelo, con que defendieron

SUS